

LA GANIELIA.

Novela escrita en francés

POR MIGUEL AUBRAY

y traducida

por Don M. M. de Z.



SEVILLA.

IMP. Y LIB. DE LOS SRES. D. A. IZQUIERDO Y SOB.,
Francos, núms. 60 y 62.

1881.

1572

(e)

I.

A la orilla del lago Lemán, á poca distancia de Ginebra, se ve una casa de campo colocada en medio de un extenso prado. Es una bonita finca sencilla y muy agradable. Los jardines llenos de flores ocupan el lugar de parque y de alameda. El lago está tan inmediato, que algunas veces salpican de espuma sus aguas los terrenos que rodean la quinta.

Se titula esta propiedad—la *Camelia*—porque la costumbre del país es dar á cada quinta ó casa de placer un nombre particular, que casi siempre recuerda ideas agradables ú objetos graciosos.

La casa en cuestión fué vendida á un comerciante de París llamado Le-roux. Era viudo y tenía una hija solamente llamada Ana, que habitaba hacía tiempo en la Alsacia, porque siendo endeble de naturaleza, no podía convenirle el clima de París. Para robustecerse necesitaba el aire libre y puro, las distracciones de la vida del campo y los paseos al sol en los bosques. Su padre, que la amaba

tiernamente, se habia visto privado del gusto de verla crecer á su lado: pero se indemnizaba de este contratiempo, haciéndole frecuentes visitas, y cuando llegó ella á los diez y siete años, dejó el comercio, para reunirse definitivamente con su hija en la posesion, de que hemos hablado.

Colocada la Quinta al pie del monte Jura, cuyas emanaciones puras y aromáticas eran muy convenientes para fortificar la salud de la jóven, tenia esta mansion la ventaja de su proximidad á Ginebra, donde Ana, cuya educacion habia sido muy descuidada, podia encontrar escelentes y entendidos maestros de todos ramos.

En principios de Mayo vino la familia Leroux á establecerse en la Camelia. La jóven quedó contentísima de su nueva residencia, y del hermoso paisaje que la rodeaba. El primer dia se le pasó enteramente en examinar la casa, los jardines, el prado, y la especie de bahía, que formaba el lago junto á la posesion.

Ella atravesaba el comedor tal vez ocupada de la alegría de la casa, cuando una aldeana de quince á diez y seis años, que arreglaba la loza, le dijo con un tono suave pero triste:

—Señorita Ana, esta casa os hará olvidar facilmente la que acabamos de dejar.

—Sin duda ninguna—le contestó Ana con entusiasmo.—Esta casa me gusta tanto, que me vuelvo loca de poseerla. Y tú, niña ¿has visto nunca una residencia más agradable?

—Sí, señorita; he visto la casa, en que vivíamos en nuestra querida aldea de Alsacia,

y los grandes sembrados de trigo, y aquellos llanos, que se perdían de vista. Allí no había lagos ni montañas; pero sí había hermosas piaras de gansos, que se paseaban por entre las yerbas. Aquello me parecía que valía tanto como Ginebra y sus alrededores.

Ana hizo un gesto como burlándose, y dijo:

—Desde que te oigo preferir los gansos á los cisnes del Leman, es inútil hablarte de las bellezas del paisaje.

La Alsaciana se limpió los ojos y exclamó:

—¿Con que no veré más las piaras de gansos, que tanto me gustaban? ¿No volveré á sentarme cerca de ellos á la sombra de los sauces? y ¿no volveré á veros correr por los trigos con vuestro gran sombrero de paja y vuestro vestido azul?

—¿Calla? ¡mi vestido de indiana!—contestó Ana haciendo ahuecar su traje de seda.—No llevaré más indiana, hija mia, ni sombreros de paja de Alsacia. Me vestiré como las señoritas á la moda, bailaré como ellas, iré á las más brillantes reuniones; y si el aire de las montañas fortifica mi salud, iremos á vivir á París este invierno próximo venidero. Entonces me consideraré feliz, porque mi padre me presentará en el mundo.

¡En el mundo!—repitió la aldeana sorprendida.—¿En qué mundo?

—Se dice así, hija mia, hablando de la buena sociedad, en que papá y mi padrino el banquero me introducirán ciertamente.

—Ah! ¿vuestro padrino el Sr. Daurel el padre de la señorita Elena?

—Precisamente, el padre de mi querida

Elena, á quien amo tanto sin conocerla, la que me escribe cartas tan graciosas, la que es tan buena, tan hermosa, tan cumplida.

La aldeana se echó á reir, y Ana le dijo bastante enfadada:

—Lo que yo digo no es digno de risa.

—Perdon, señorita, me parece que es muy gracioso, oiros alabar de ese modo á una persona que nunca habeis visto.

—Verdad es que no la he visto nunca, pero mi padre y todos nuestros amigos hacen su elogio.

—Hé aquí el señor.—dijo la aldeana.

—El Sr. Le-roux llegaba efectivamente, al parecer pensativo y en la mano unas cartas, que arrugaba por distraccion. Su hija corrió á su encuentro, y él la besó en la frente, diciéndole con gravedad:

—Tengo que hablarte, querida niña.

La muchacha se apresuró á dejarlos solos, y Ana asustada, exclamó.

—Papà ¿habriais recibido alguna mala noticia? Esas cartas....

—Estas cartas, hija mia, acaban de causarme una dolorosa sorpresa—respondió el comerciante con el mismo tono de seriedad. Ellas me enteran de que mi pobre amigo Daurel está en el caso de presentarse en quiebra.

—Y ¿eso es una gran desdicha, papá?

—Muy grande, niña, sobre todo en las circunstancias actuales. El cajero de nuestro desdichado amigo ha desaparecido, llevándose sumas de mucha consideracion, y la maledicencia quiere acreditar la sospecha, de que

Daurel está en inteligencia con su dependiente, para partir entre ellos el dinero, que ha desaparecido.

—¡Qué horror! —exclamó la jóven. —Es necesario probarles á todos que eso es una horrible calumnia.

—¿Probarlo, angel mio? ¿De qué modo!

—No lo sé: pero vos, papá ¿no encontrareis el medio de salvar á vuestro amigo?

—Sí, hija mia, puedo salvar á ese desdichado; pero para esto es necesario que yo le confie una parte de mi caudal.

—¿Si? Pues dádselo todo, en lo cual no hareis mas que justicia. ¿No me habeis dicho cien veces, que nosotros se lo debemos todo al Sr. Daurel, y que érais pobre, cuando él os ayudó á fundar vuestra casa de comercio?

—Muy bien, Ana, —exclamó el comerciante conmovido; —tú eres una buena niña. Estaba persuadido de que pensarías así, y sin embargo, quise consultarte.

Y supongo ireis á socorrer á mi padrino. ¿No es así?

—Sin duda. Esta tarde misma voy á Paris, porque no hay tiempo que perder: pero por desgracia hay más todavía; parece que el disgusto ha alterado gravemente la salud de la señora Daurel.

—Ay! Dios mio: pero ¿está en peligro?

—Creo que no: pero tiene necesidad de mucho cuidado y de mudar de aires. Los médicos le han aconsejado vivir en el campo.

—Afortunadamente mi padrino posee una hermosa finca á poca distancia de Paris, segun
La Camelia.

creo. Elena me ha hablado de ella muchas veces en sus cartas.

—Hija mia, esa finca está puesta en venta. Debes conocer, que antes de recurrir Daurel al favor de sus amigos ha agotado todos sus recursos.

—Entonces ¿cómo se conseguirá el objeto? ¿Se decidirá él á alquilar una casa de campo?

—No lo creo, hija mia. Mi pobre amigo considera como un fraude, hecho á sus acreedores, todo gasto, que no sea absolutamente indispensable.

—La señora Daurel podría venir á la Camelia—dijo Ana algo pensativa.

—Te agradezco, que hayas tenido esa idea. En efecto, la señora Daurel puede y debe venir á esta casa. Ella lo desea y su marido me ha rogado, que le preste esta posesion por algunos meses. El me escribió, diciéndome, que en el supuesto de que yo tenia que pasar el Estío en París, y de consiguiente no vendria á habitar esta casa hasta el Otoño; y en el supuesto tambien de que tú no podrias quedarte aquí sola, le parecía, que no era indiscreto, rogándome, que permitiera á su mujer y á su hija pasar el verano en este dominio.

—¿No sabe mi padrino, que abuelita está aquí conmigo? dijo Ana.

—¿Parece, que lo ignora; y si él supiese, que estamos instalados en esta posesion, creo que sentiria habérmela pedido.

—¿Y se enfadaría, Papá? No creo que tendria razon para hacerlo. La casa es bastante grande, y pueden estar en ella con des-

ahogo dos familias. ¡Cuanto me alegraré de estar reunida con esas señoras!

El señor Le-roux movió la cabeza y dijo:

—Tú olvidas sin duda la posicion, en que se encuentran esas desgraciadas. Lo que necesitan sobre todo es el réposo, la soledad y la libertad. Seria muy molesto para ellas tener que ocultar sus lágrimas y sonreir á sus amigas. La señora Daurel debe estar en su casa libre é independiente. La menor emocion le perjudicaria. Tu presencia y la de tu abuela le recordarian sin cesar, que no tiene otro asilo, que el que le ofrecemos, y que se encuentra por decirlo así á nuestra disposicion.

—Papá — preguntó la jóven inquieta ¿seriais de opinion de que yo abandonara esta casa?

—Sí, hija mia, durante algunas semanas. Me parece, que seria conveniente dejar á esta pobre enferma el tiempo de tranquilizarse, y acostumbrarse á su nuevo género de vida. Pero así que esté mejor, y que mi presencia en París no sea indispensable, vendré para presentarte á Elena y á su madre, y espero que entonces podremos estar todos juntos sin causarles molestia.

—Ana se desconsoló, y dijo:

—¿Qué pensará mi abuelita de todo esto? Apenas ha llegado á esta casa, y vamos ya á decirle, que haga sus preparativos de marcha.

—Mi querida hija — respondió el señor Le-roux — tu abuela tendrá mucha satisfaccion en volver á Alsacia. Ella no ha querido separarse de tí; pero no dudes de que prefiere

su antigua casa tapizada de yedra á todas las quintas y casas de recreo. Respecto á los preparativos, de que hablas, no creo, que deben hacerse muchos, porque le dejamos la casa enteramente amueblada á la señora Dau-rel. Hasta te aconsejo, que dejes tus maletas en algun rincon, porque tu ausencia será tan corta, que no tienes necesidad de llevar muchos vestidos.

La jóven bajó los ojos, y se enjugó una lágrima:

—Quédate, si quieres—le dijo con suavidad su padre.

—Oh!—esclamó ella—es imposible que me quede: lo veo bien; pero me parece que no tendré valor para marchar.

II.

Tres semanas despues, en una hermosa mañana, una jóven rubia, linda, elegante estaba sentada en el balcon de la Quinta de la Camelia. Hojeaba un libro pero no leia, porque estaba pensativa, distraida y de mal humor, lo que dejaba ver bien á las claras. Entretanto una doncella cogia flores, y las iba colocando en unas jardineras rústicas, que estaban en los rincones del salon.

—¿No acabarás nunca?—preguntó la jóven con una voz cansada:—haces un ruido yendo y viniendo, que me fastidia.

—Acabaré, cuando lo tengais á bien—respondió la criada algo incómoda—si creéis que hay bastantes flores en los vasos...

—Si ciertamente, sobran. ¿Para qué servi-

rán estas jardineras, te pregunto? Mi madre no puede aguantar el perfume de las flores, y por lo que hace á mi ha tomado aversion á las rosas á los jazmines y á las berbenas desde que he llegado á este país. Aquí no se ven más que flores. Por todas partes jardines, invernáculos y casas revestidas de plantas que suben hasta los tejados. Esto es un fastidio. Si á lo menos se viera á las gentes, que siembran, que podan, que trabajan en los jardines. Pero á nadie se ve: es un desierto florido y perfumado.

—¿La señorita echaría de menos á París?
—preguntó la doncella.

—¿Qué pregunta Julia? Tu sabes muy bien que no me gusta el campo, y este en que estamos me desagrada de un modo horrible. Y ¿tendremos que habitar esta barraca, que llaman casa de placer, hasta el invierno? Yo creo que me moriré de fastidio.

—Pero, señorita, aquí no dejareis de tener distracciones: estamos tan cerca de Ginebra. Elena se encogió de hombros.

Sí, Ginebra, buena cosa. Una ciudad sombría, triste y silenciosa.

—Señorita, yo pensaba todo lo contrario: pero, si Ginebra es triste, las Quintas y casas de recreo, que hay en las inmediaciones, están llenas de extranjeros distinguidos, que dan bailes, conciertos y representaciones dramáticas. A lo menos la doncella de la señora Melton me lo dijo ayer.

—¿Qué dices? la doncella de la señora Melton? ¿Esa señora está en Ginebra?—preguntó Elena con viveza.

—Sí, señorita y permanecerá durante todo el verano.

—¿De veras? ¡Qué buena noticia! La señora Melton es tan buena, tan complaciente: me alegro tenerla por vecina.

—Sin duda —dijo la criada— esa señora es muy rica y su trato muy agradable; le gusta la sociedad y recibe gente con frecuencia.

—Julia —dijo Elena despues de haber reflexionado un momento— coje las más hermosas flores, haz un ramo, y llévalo de mi parte á la señora Melton.

—Sí, señorita; es una espresion que no costará dinero —dijo la criada á media voz— como deciais ahora poco, hay tantas flores aquí, que llegan á fastidiar.

—Querida señora Melton —exclamó Elena — ¡cuánto gusto tendré en verla! Pero, Julia, estaría mejor que yo misma llevase el ramo. Sí, voy á pedir licencia á mamá para ir á ver á nuestra amiga. Tú me acompañarás, porque la señora Bruny mi aya está con jaqueca, Prepárate y preven mi vestido, que deseo sea elegante y sencillo: la señora Melton tiene tan buen gusto!

Elena se levantó y echó á correr á la habitacion de su madre, mientras que Julia murmuraba de mal humor:

—Prepárate y preven mi vestido; coje flores y haz un ramo; y corre con el calor que hace! ¡Vaya un modo de mandar! Esta señorita Elena me fastidia. No se parece ciertamente á la Señora que es tan dulce y tan buena: pero tambien sus padres la miman de tal modo, que la echan á perder. Temen cau-

sarle la menor incomodidad y el mas leve disgusto ¿No debian manifestarle francamente, que han perdido casi todos sus bienes? La pobre señorita se cree todavia rica, porque no le han dicho más sino que ha habido algunas ligeras desgracias, algunas pérdidas del momento, siendo así, que el señor ha estado à punto de presentarse en quiebra.

—Julia, mamá permite que salgamos à hacer esa visita; con que pronto à vestirme —dijo la jóven entrando muy alegre.—No, ese vestido color de lila, no; búscame el de tafetan azul. A la señora Melton le gusta mucho el color azul. ¡Que felicidad, que tu hayas encontrado à su doncella! Pero ¿no habrias tu visto algunas otras personas de nuestro conocimiento?

—No, señorita: he estado tan ocupada desde que vinimos aquí, que no he ido à Ginebra ni una vez siquiera. Sin embargo he podido saber los nombres de los vecinos inmediatos.

—Y ¿cómo se llaman?

—Todos son desconocidos, señorita. La casa blanca grande, que está aquí à la izquierda, se halla ocupada por un inglés: la quinta de enfrente pertenece à una señora que tiene dos perros y tres gatos. El palacio, que se ve sobre aquel otero ha sido alquilado por otro ingles, y la casita, que se encuentra al estremo del jardín de esta casa está habitada por una señora vieja, y su nieta, que se llaman la señora y la señorita Eberard. Ayer en la Misa estaban estas colocadas cerca de nosotras; las habeis visto, y el sombrero amarillo

y verde de la abuela y el vestido de faralaes de la nieta os causaron bastante risa.

—¿Cómo?— respondió Elena — ¿estas dos personas tan estrafalarias son nuestras vecinas? Si se les hubiese buscado entre mil, no serian mas grotescas. La buena Sra. con su vestido de colores parecia que estaba hecha un arco-iris, y la jóven! ¡Qué caricatura tan extravagante!

La señorita Elena rompió en una carcajada, y acercándose á un espejo, se estuvo mirando mucho tiempo y al parecer muy pagada de su persona.

—¿Crees que este vestido me sienta bien? El azul me parece que es muy oscuro: pero adelante, tráeme un sombrero y vamos andando.

III.

La señora Melton era viuda: no tenia más que un hijo, jóven aun, y que acababa de recibirse de Abogado. Ella poseia un buen caudal, de que hacia el mejor uso. Los pobres participaban de sus rentas, y el mundo tenia tambien su parte, aunque de una manera prudente. Esta amable señora daba frecuentemente fiestas á sus amigos, tenia gusto en comprar objetos de arte, y daba grandes limosnas á los establecimientos de beneficencia. Tenia muy buenas relaciones con la señora Daurel, y los amigos de ambas familias pensaban que Fernando Melton, el jóven abogado, que daba tantas esperanzas, podria casarse dentro de algun tiempo con la linda

hija del banquero. Se engañaban, sin embargo, porque, aunque la señora Melton quisiese mucho à Elena, conocia sus defectos, y no encontraba en ella las cualidades que deseaba para la mujer de su hijo. Por su parte la frívola jóven no simpatizaba con el grave abogado, y decia irónicamente que él era muy racional y muy razonador.

La señora Melton no estaba sola cuando se le anunció la visita de Elena. Estaba junto à ella una jóven morena, delgada, pàlida, y con ojos negros muy vivos.

—Buenos dias, querida niña—dijo la dueña de la casa, abrazando afectuosamente à Elena. —Es para mí una sorpresa vuestra llegada à este pais, ¿Cómo está vuestra madre la señora Daurel?

—Mucho mejor, Sra.—respondió Elena.—me ha encargado, que os de sus espresiones muy encarecidas, y confiamos, en que podrá tener bien pronto el placer de venir à veros.

—Mañana iré yo à verla sin duda. Ayer fué cuando supe, que estábais establecidas en la posesion. que llaman La Camelia, y si no hubiéreis venido hoy, hubiera ido à abrazaros hoy mismo. Sentàos, mi querida Elena, y permitidme, que os presente à mi amíguita la señorita Mariana Eberard y luego volviéndose à esta—la señorita Elena Daurel.

La hija del banquero habia reconocido ya à la nieta de la Sra. vieja del vestido de arco-iris, que ella graduaba de ridículo: le hizo una cortesía disimulando una sonrisa burlona y la morenita le contestó saludándola con torpeza.

—Así no, Mariana—dijo la Sra. Melton á su amiguita—lo que haceis no puede llamarse una cortesía. ¡Qué torpemente saludais!—y luego volviéndose á Elena, agregó—no os admiréis de oirme dar consejos á Mariana, porque esta niña no conoce los usos y costumbres de la sociedad, y yo me he empeñado en terminar su educacion.

—Mi querida Sra.—respondió Elena, mirando á la señorita Eberard con altanería—no esperaba tener el gusto de encontrar en vuestra casa á mi vecina la más inmediata.

—¿Conoceriais por ventura á Marianita? preguntó la Sra. Melton sorprendida.

—No, Sra., pero he tenido el gusto de ver á esta señorita ayer, al salir de Misa, y se me ha dicho, que habita cerca de nuestro palacio.

—Nuestra casa está situada al fin del cercado de la Camelia, dijo con timidez Mariana.

—En efecto, señorita, me parece que es un pabellon rústico—dijo Elena desdeñosamente.

—Así es; pero es bastante grande para que allí habitemos mi abuela y yo. Estamos perfectamente en aquel pabellon, porque no tenemos mas que una muchacha, que hace poco ruido y ocupa muy poco lugar.

—Esta señorita tiene una conversacion muy interesante—murmuró Elena inclinándose hácia la Sra. Melton para ofrecerle su ramo.

—Y vos mi querida Elena ¿estais contenta en vuestra nueva casa?—preguntó la señora Melton, que fingió no haber oido la reflexion de la burlona jóven.

Elena hizo un gesto desdeñoso.

—Mi nueva casa!—repitió—¡Ay, Sra., qué triste es! Una casa rústica, muy mal amueblada, que se pretende llamar palacio, y donde es casi imposible que podamos recibir convenientemente á nuestros amigos.

—¿La habeis alquilado por el verano solamente?

—No la hemos alquilado, Sra.; el propietario nos la ha prestado, porque papá le ha hecho en otro tiempo grandes servicios.

Hubo un instante de silencio, y despues Elena dijo alegremente:

—Señora, no me habeis hablado nunca de vuestra amiguita, la señorita Eberard.

—Es que yo no conocia á Mariana al salir de París, hija mia. Hace solamente quince dias, que la he visto por la primera vez.

—En efecto, hará mañana quince dias—murmuró la tímida morenita.

--Pues hace ella bien el papel de eco; pero no podria decir una palabra de su cosecha—pensó Elena, mirando á la señorita Eberard.

—Mariana, niña mia,—dijo la Sra. Melton—¿quisiérais decir á mi ama de llaves, que nos trajera helados? Ella está en el jardín, y tal vez no oirá la campanilla.

La jóven se levantó y salió con buena gracia.

—Yo la he alejado por un momento á fin de hablaros de ella,—dijo la Sra. Melton á Elena.—No comprendéis tal vez, que haya contraído relaciones íntimas con una persona, que el mes anterior era completamente

desconocida para mí: pero cesará vuestra extrañeza al saber, que Mariana es un ángel de bondad y de candor. Ella pasa sus días en hacer bien; su abuela le dá el ejemplo, y ambas van á visitar á los pobres y á los enfermos. Un pariente de estas señoras es quien me ha puesto en relaciones con ellas, hace quince días; y desde entonces veo á Mariana frecuentemente. Algunas veces viene aquí con su abuela: pero lo general es que la criada la acompañe.

La Sra. Melton calló, porque Mariana volvía, trayendo ella misma los helados, que se habian pedido.

—Y ¿vuestro piano, Elena? Juzgo que no lo habreis abandonado—dijo la Sra. Melton para mudar de conversacion. ¿Habeis adelantado mucho, desde que no nos vemos?

—No he hecho adelanto ninguno Sra.: no me he ocupado de música en este año. La enfermedad de mi madre y otros cuidados han absorbido mi tiempo—dijo Elena, que mientras hablaba dejaba correr sus dedos por las teclas del piano, que estaba en la sala.

—¡Qué modo de tocar tan brillante! exclamó Mariana.

—Y vos, señorita, sois aficionada? le preguntó Elena con un tono de condescendencia.

—Yo he tomado algunas lecciones de piano—respondió la jóven—pero he aprovechado muy poco. Sin embargo conozco la música lo suficiente, para ser muy amante de ella, y tendría sumo placer en oíros tocar. Tal vez soy indiscreta—agregó con timidez.

—Nada de eso—contestó Elena—voy á tocar, si la Sra. lo permite; pero es con la condicion, de que vos tocareis despues.

—Consiento—dijo Mariana—yo no tengo habilidad, para que me haga rogar.

La señorita Daurel tocaba bastante bien. Egecutó algunos trozos muy brillantes, y vió con satisfaccion que deslumbraba á la sencilla Mariana. Esta no le economizó los elogios: pero la Sra. Melton se contentó con decir—Muy bien, Elena, si no habeis hecho, progresos, por lo ménos nada habeis perdido.

La orgullosa jóven esperaba otros elogios y se mordió los labios con cierto aire de despecho.

—Ahora os toca á vos—dijo á Mariana.

Esta se turbó y dijo:

—No sé que tocar, porque soy muy ignorante. Si lo permitís cantaré una romanza, que agradaba mucho á mi maestra de piano: pero no era muy de moda.

—Oigamos esa romanza—dijo Elena, que se echó á reir, desde que Mariana puso los dedos sobre el piano.

Y era para reirse; porque la pobre jóven movía la cabeza en cadencia, inclinándose á derecha é izquierda, así como lo habia visto hacer á su maestra de piano, y cantaba como ella con una voz gangosa y temblona la célebre romanza de Chateaubriand.

Elena con el pañuelo en la boca trataba de disimular sus carcajadas. Viendo, que le era imposible, se levantó y se fué al terrado; que daba al jardin.

Mariana se interrumpió y no dejó de ver á la burlona jóven, que reia hasta saltársele las lágrimas.

—Yo soy bastante ridícula ¿no es así? dijo tristemente á la Sra. Melton.

—Sois un angelito—le contestó esta—y tenéis un timbre de voz dulcísimo: pero, hija mia, no lleveis el compás con la cabeza; no os inclineis á uno ni otro lado, y tomad una actitud sencilla, graciosa, natural: dejad esa voz gangosa, y sobre todo haced cuanto podais por olvidar el acento de vuestra aldea.

—Gracias, Sra., haré cuanto pueda por aprovechar las lecciones, que me dais—replicó la amable jóven con una docilidad encantadora.

IV.

La Sra. Daurel se mejoraba de un dia para otro. Salía á pasear en el jardin, apoyada en el brazo de su hija, podia recibir á las personas, que venian á verla; pero no hacer visitas y llevar á Elena á las posesiones inmediatas. Cuando habia alguna fiesta en Ginebra la jóven iba con su aya, que era una mujer de distincion, de buena familia y de mucho mérito.

Mariana y Elena se encontraban frecuentemente en casa de la Sra. Melton. Esta continuaba demostrando una afectuosa amistad á Mariana tan dulce, tan sencilla y tan cándida: tenia gusto en instruirla en las costumbres de la sociedad; le advertia lo que debia hacer; la aconsejaba, y venía á darle

una segunda educacion: pero estaba bien indemnizada de su trabajo, porque la jóven tenía una inteligencia viva y pronta, un carácter suave, y un gran deseo de aprender.

La preferencia muy notable, que una persona, tan distinguida como la Sra. Melton, concedia á Mariana incomodaba en gran manera á Elena. Le parecía, que se le hacía agravio por aquella Sra. en atender tanto á la jóven Mariana y no perdía ninguna ocasion de poner en ridiculo á la pobre aldeana.

Pero bien pronto las dos jóvenes debieron renunciar al placer de ir casi todos los días á casa de la Sra. Melton. Fernando vino á pasar algunas semanas con su madre, y naturalmente estas señoritas cedieron el campo al jóven Abogado. Hallábase este en Ginebra hacia siete ú ocho días, cuando Mariana y Elena se encontraron una mañana en el campo. La señorita Dauriel iba con su doncella, y Mariana con la suya. La última alargó la mano alegremente á la primera, diciéndole:

—¡Cuanto gusto tengo en veros, mi querida Elena! Desearia, que me diéseis un consejo; pero tal vez no tengais tiempo de oirme.

—Mucho gusto tendré en ello—contestó la linda Elena.—Me paseo sin objeto, y aún diré sin placer. Así es que os acompañaré hasta que me entereis de lo que deseais, y os pueda contestar. ¿A dónde vais? y ¿por qué vuestra doncella lleva ese inmenso canasto?

—Este canasto contiene vestidos y camisas, que mi abuelita envia á sus pobres.—di-

jo Mariana ruborizándose con una modestia encantadora.

—Sois la beneficencia personificada—dijo la burlona Elena.

—Lo que yo quisiera consultaros—dijo Mariana—es con motivo de las recepciones de la Sra. Melton.

—¿La Sra. Melton recibe y dá fiestas? ¿Qué es lo que quereis decir? La Sra. Melton no dá fiesta ninguna.

—Dispensadme, señorita; ahora que su hijo está en Ginebra, recibirá todos los miércoles por la noche. Hoy mismo se repartirán las invitaciones.

—Habeis recibido la vuestra, segun parece—dijo con acritud Elena.

—Así es, la Sra. Melton ha tenido la bondad de escribirme, y quiere que sin excusa ni pretesto alguno vaya á su casa el miércoles en la noche. Esto me asusta un poco, por que ni he bailado nunca, ni he visto bailes, y mi abuela no sabe de esto mas que yo. Ella ha habitado siempre en el campo, y ántes que viniéramos á Ginebra no teníamos por vecinos mas que aldeanos. Mi abuela hablaba familiarmente con ellos, y tenia ocupaciones semejantes á las suyas. Esta abuela querida consentiría difícilmente en presentarme en el mundo, como se lo he dicho á la Sra. Melton; y ésta me acaba de escribir, que suplicará á vuestra Sra. madre, consienta, que yo os acompañe á sus reuniones.

—Pero es que á mi madre le es más imposible ir al baile, que á vuestra abuela—respondió Elena, que no tenía gusto ninguno de encargarse de Mariana.

—Verdad es, señorita: pero ireis, sin duda, con la Sra. Bruny vuestra aya, y si quereis permitirme, que yo os acompañe...

—Me hareis mucho honor—dijo Elena con frialdad—pero esto no es un consejo, y me decíais....

—Es un gran favor—interrumpió ingénua-mente Mariana—pero tambien tengo necesidad de consejos, porque no sé cómo debo vestirme para ir al baile.

—Es muy sencillo, señorita, cada una escoge los adornos y los colores, que convienen á su edad, á la téz de su rostro y su género.... de belleza.

—¿Qué colores escogeis de ordinario?

—El verde y el azul. Estos sientan muy bien á las rubias, que tienen la téz blanca.

—Y ¿las que tienen el cabello tan negro como las alas del cuervo? preguntó Mariana.

—Los colores fuertes y brillantes sientan bien á las morenas—dijo Elena hablando con el tono de un oráculo.—Vos, señorita Mariana, ireis muy bien llevando un vestido blanco y color de rosa.

—Pero se dice, que el color de rosa es el usado por las lugareñas.

—Es posible: yo no conozco el gusto de las señoritas de pueblo—dijo Elena desdeñosamente.

—Entonces no usaré el color de rosa. No quiero, que me tengan por una aldeana—dijo Mariana sencillamente.—Me decidiré por uno de esos colores brillantes, de que habeis hablado. Yo no tengo mas dificultades que la eleccion. Soy una niña mimada, señorita

Daurel. Figuraos, que acaban de remitirme de París una caja llena de hermosísimas telas.

—Oh! Pues entonces os será fácil ser la reina del baile—contestó Elena con tono burlon.

Al día siguiente recibieron en la Camelia la invitacion de la Sra. Melton, y la Sra. Daurel permitió á su hija ir á aquella reunion con su aya. En ese mismo día fué en persona la Sra. Melton á rogar á Elena, que se encargase de Mariana. Elena no se atrevió á negarse; y la Sra. Bruny manifestó que tendría mucho gusto en poder hacer aquel pequeño servicio á la señorita Eberard, cuya amabilidad y buenas cualidades celebraban todos los vecinos.

—Pues esa querida jóven vale más que su reputacion—esclamó con viveza la señora Melton.

—Siendo así—dijo la Sra. Daurel—deseo de todo corazon, que esa niña sea la amiga de Elena.

La señorita Daurel bajó la cabeza, mudó de color, y trató de variar la conversacion. En aquel mismo día encontrándose sola con su doncella, le dijo esta con un tono de confianza.

—Señorita ¿sabeis que se habla mucho del próximo casamiento del Sr. Fernando Melton?

Elena se sonrió y dijo—¿De veras? ¿Han llegado hasta Ginebra los rumores, que corrian en Paris?

—Creo, señorita, que os equivocais—re-

plicó Julia. — Cuando la Sra. Melton estaba en París no conocía aún á la señorita Eberard, y de consiguiente...

—¿La señorita Eberard? ¿Mariana? interrumpió Elena atónita — ¿Quereis decir que la Sra. Melton piensa casar á su hijo con esa aldeana?

—Es que se asegura...

—Vamos! ¡qué absurdo! Verdaderamente, Julia, me haceis reir.

—Señorita, yo no invento la noticia, y todos la tienen por muy cierta. Parece que la doncella de la Sra. Melton ha oído á su ama y al señorito Fernando hablar de este proyecto de matrimonio.

Elena se puso encarnada de rabia. Para ocultar su disgusto se quitó de enmedio, y se fué á su cuarto, donde temblando de cólera y de despecho se puso á pasear con precipitacion.

—¿Qué teneis, hija mia? — le preguntó su aya, que entró un instante despues — Jamás os he visto así. Decidme, Elena: ¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—Nada de eso Sra. — contestó la jóven. — Lo que hay es que voy á ser el hazme reir de todos los salones de Ginebra.

—Ay! ¿es posible? y ¿por qué?

—Porque se asegura que Mariana Eberard vá á casarse con el Sr. Melton — dijo Elena con la voz alterada.

—Y ¿eso qué os importa?

—Ay Sra.! ¿Habeis olvidado lo que se decia en nuestra sociedad el invierno último en París?

—¿Lo que se decía? Se habló según recuerdo de vuestro matrimonio con el Sr. Fernando: pero este rumor sin fundamento os hacía reír. El jóven no os era simpático.

—Ciertamente no lo era, y yo no pensaría jamás en casarme con él: pero este modo de pensar mío ¿lo sabe él? ¿lo sabe su madre? De ningún modo, y he aquí que de buenas á primeras se me prefiere á mi una desconocida, una aldeana, una señorita Eberard, que no se sabe de donde viene. Ay! como ván á reírse en el mundo del chasco, que yo he sufrido!

La Sra. Bruny se echó á reír.

—No os falta más que llorar—le dijo á Elena.—Pero lo que os sucede es vergonzoso. No quereis casaros con ese jóven, y os parece mal, que se case con otra!

Elena un poco confusa se limpió los ojos, y trató de hablar de otra cosa.

El día siguiente estaba cogiendo frutas en el jardín, cuando vió á Mariana, que venía á hablarle.

—Buenos días, querida Elena—dijo la linda jóven—supuesto que estais tan cerca de nuestra casita, hacedme el favor de entrar un momento. Deseo, que tengais la bondad de escoger entre las hermosas telas, que me han enviado de París, las que os parezcan mas convenientes para mi vestido de baile.

Elena iba á responder con una negativa altanera, cuando se le ocurrió de pronto el mal pensamiento, de que le sería fácil vestir á Mariana de tal modo que en la reunion de la Sra. Melton se burláran de ella; y así

no tendria Fernando el valor de casarse con ella.

Entró pues en la casita rústica pensando en esta indignidad, y estuvo una media hora. Cuando se despidió de Mariana y salió, brillaban sus ojos de alegría maligna.

—Ah! señorito Fernando—dijo con una ironía cruel—¡cuanto deseo llevar à vuestra linda novia al salon de vuestra madre! Es una sorpresa, que os preparo, y espero, que la señorita Eberard hará un buen papel, cuando se presente vestida como Colombina la del teatro de las marionetas.

Llegó en fin el Miércoles tan deseado; pero en ese dia estába Elena de un humor insoportable. Nada le agradaba, y hasta se hizo peinar tres veces. Habia pasado la mañana en buscar inútilmente un precioso abanico que le gustaba mucho, y la pérdida de este objeto la tenia muy rabiosa.

Aún no estaba vestida cuando entró Mariana y le dijo.—¿Qué es eso? ¿No estais pronta? Vamos, arreglaos pronto, mi querida Elena, que si no llegamos tarde.

La señorita Daurel no respondió porque toda su atencion estaba cifrada en mirar à su amiga Mariana, que se habia presentado vestida con la mayor elegancia. Su traje era blanco y tenia en la cabeza una corona de margaritas de color de rosa, la túnica era airosísima, y toda su persona respiraba una frescura y un gusto difíciles de describir.

—¿Cómo es que no os habeis vestido del modo que habiamos acordado?—le preguntó Elena.

—Mucho lo he sentido—le respondió Mariana—¿No es verdad que parezco, vestida así, una colegiala que acaba de recibir un premio? Para consolarme, me ha dicho mi doncella, que parece que voy en medio de una nube: pero à pesar de cuanto me digan, conozco bien que mi vestido es el de una niña, y que la Sra. Melton me considera, como si no hubiese salido de la niñez.

—Yà!—dijo Elena—¿con que es la señora Melton....?

—Si es ella la que quiere, que yo me vista así. Además me ha aconsejado, que reserve el otro vestido, que escogimos, y que nos parecia tan magnífico, para el Màrtes de Carnestolendas.

Elena se mordió los lábios y dijo con ceguedad:

—Señorita, tened la bondad de pasar al salon, porque necesito una media hora para vestirme.

—Bueno—dijo Mariana—no hagais caso, ni os molesteis por mí. Tengo yo tambien que hacer, porque necesito hacer cierto encargo á mi doncella. Ella ha venido á acompañarme, y no quiere irse hasta despues de veros vestida, mi querida Elena.

Cuando salió Mariana, Julia la doncella de Elena tomó de encima de una mesa un abanico, que examinó con atencion, y que presentó á Elena, diciéndole:

—Señorita ¿querèis mirar esto?

—Pero es el abanico, que hemos estado buscando todo el dia, y que yo estimo tanto, porque me lo regaló el Sr. Le-roux, el mejor amigo de mi padre.

—Señorita os equivocais; este abanico es de la Señorita Eberard—dijo Julia con afectacion.

—Ah!—contestó con frialdad Elena—es igual al mio. Mira los pastores, las palomas, los corderillos, las mariposas y las flores, que yo conozco perfectamente.

—En efecto—respondió Julia con el mismo tono misterioso—el abanico, que teniais, que costó tan caro al Sr. Le-roux, y que fué pintado por un artista notable, no difiere en nada absolutamente de este.

Mariana que volvía en este momento miró hacia todas partes con inquietud, y dijo:

—Busco mi abanico, y si no lo he dejado aqui, no sé á dónde ha ido á parar.

—Aquí está, Señorita—dijo la doncella, con un aire de asombro y de desconfianza, que no pudo ocultar.

V.

Lo que Mariana y Elena llamaban un baile, se reducía á una reunion de amigos. Entre las jóvenes invitadas por la Sra. Melton se encontraban dos ó tres colegialas, que estaban en vacaciones, y con el objeto de que se divirtiesen propuso la dueña de la casa jugar desde luego á esos juegos inocentes, que se llaman juegos de prendas.

—Antes de ocuparse del baile propio de las jóvenes, parece natural ocuparse de las niñas que no saben bailar—dijo la Señora Melton, mirando á Mariana.

Elena hizo un jesto desdeñoso, mientras

que los concurrentes se colocaban en semicírculo.

—Ponéos cerca de mi, Mariana—dijo la Sra. Melton á su amiguita—es necesario, que yo os sirva de madre, supuesto que no la tenéis. Elena ¿queréis dirigir el juego?—agregó, notando el aire de mal humor de la señorita Daurel.

—Esta replicó con aire remilgado—dispensadme, señora; en juegos de imaginacion y de destreza soy la mas torpe del mundo: si lo permitis seré yo la que recoja las prendas.

Tomó en seguida un canastillo y lo puso sobre sus rodillas; pero ella sola fué la que no se divirtió: todas las demas y en particular las colegialas se divirtieron mucho. Mariana estaba muy alegre: todos la encontraban graciosa en su sencilléz, y como la dueña de la casa la atendia mucho, los que tenían relaciones más íntimas, la trataban, como si fuese la señorita de la casa. Elena lo notaba muy bien: estaba triste; se consideraba desairada y humillada, y un demonio maligno le sugeria pensamientos de cólera y venganza. Despues de haber reflexionado sobre esto, decidió, que lo mejor era obligar á Mariana á tocar el piano y á cantar, lo que divertiría mucho en su concepto á la concurrencia. Así fué que cuando se trató de sentenciar las prendas, se puso de acuerdo con dos ó tres jóvenes, que aplaudieron la idea, y que creyeron divertirse á costa de la sencilla y cándida Mariana.

Esta sin sospecharlo se dejó conducir al piano, mientras que la Sra. Melton le decia, despues de lanzar á Elena una mirada de indignacion:

—Mi querida niña ¿queréis que mi hijo rescate vuestra prenda, y cante en lugar vuestro la romanza, en que la sentencia consiste.

—Si Sra. con muchísimo gusto—dijo Mariana levantándose con alegría.

—Pero mamá—dijo el jóven abogado—nadie consentirá en este arreglo, porque perderíamos mucho.

—Eso sería contra las reglas del juego—exclamaron algunas jóvenes—no se puede establecer un precedente, que daría lugar á muchos abusos. Que cada uno cumpla con lo que le toque en suerte.

—Ya lo veis, señora, es necesario, que yo cumpla mi condena—dijo Mariana con una docilidad encantadora, volviéndose á sentar al piano.

Principió á tocar con una actitud sencilla, natural y graciosa. Habia adelantado mucho no solo con los consejos de la Sra. Melton, sino tambien con las lecciones, que Elena le habia dado, sin saberlo. Pero si es fácil cambiar la gesticulacion y el modo de sentarse y de andar, es muy difícil perder el acento de su provincia. Esto no es cosa de un dia ni de dos. Mariana, que lo sabia tan bien como la Sra. Melton, tuvo una buena idea para salir del mal paso. Hablaba correctamente el alemán, y se le ocurrió cantar una balada alemana dulce y melancólica, que parecía compuesta expresamente para su timbre de voz, con lo que obtuvo un triunfo, porque fué cumplimentada, felicitada y llena de aplausos. Siempre tímida y modesta hubiera querido huir de las alabanzas, que se le prodigaban,

—La Señorita Daurel es como yo—hizo observar una Sra. que estaba sentada junto á ella—teme mezclar su voz con las que aplauden. Se ve que la modesta jóven, que acaba de cantar, sufre de verse aplaudida: huiría, si pudiese, y me recuerda las heroínas de las baladas germánicas, que desaparecían, así que se las buscaba.

Elena no se dió por entendida, y se quedó suspensa. Por la primera vez de su vida se veía cogida sin recurso.

—Era ya tiempo de bailar, y entre tanto que las parejas se organizaban, Mariana se sentó junto á la Sra. Melton, diciéndole alegremente.

—Como no sé bailar, me corresponde hacer el papel de abuela.

Elena bailó mucho, Tenia necesidad de aturdirse, pero con el rabo del ojo miraba á Mariana. Esta, resignándose á hacer el papel de Sra. mayor, examinaba á los bailarines, y pensaba que era muy fácil imitarlos. Por complacer á la Sra. Melton consintió en fin en bailar una contradanza con el jóven abogado.

Al principio confundió un poco las figuras; pero era tan ligera tan viva y tan graciosa que apenas se notaron sus faltas.

—La Señorita Eberard se parece á un pájaro, que anda—dijo un caballero anciano.—Me hace recordar cierta espresion de un poeta. Aun cuando se posa, se conoce que tiene alas.

Al oirlo, perdió Elena la paciencia, y significó á la Sra. Bruny, que era tarde y que de-

bian retirarse. El aya, que lo deseaba, se levantó al momento, y Mariana tuvo que marchar con ellas.

—¡Qué desgracia!—pensó la linda jóven, sin dejar su dulce sonrisa—ya sé algo de baile, y habria podido figurar en todas las contradanzas.

Al dia siguiente se paseaba Elena acompañada de su doncella, cuando una tempestad, que se levantó de pronto, la obligó á volver á casa. Iba á llegar al gran jardin, cuando sobrevino un terrible aguacero, que no le permitió ir mas lejos. La casita de las señoras Eberard estaba á dos pasos, Julia echó á correr, y Elena aunque contra su voluntad tuvo que buscar un abrigo en la casa de Mariana.

Entró en el vestíbulo ó zaguan adonde daban las puertas de varias habitaciones, y oyó que su doncella decia:

—Parece que se come aquí bastante temprano: por esta puerta, que no está bien cubierta con la cortina se ve á la Sra. Eberard y su nieta sentadas á la mesa.

—No las incomodemos—respondió Elena—sentémonos, porque no tardarán en venir á este sitio. Aquí es donde la Sra. Eberard tiene la costumbre de tomar el té y el café,

Mariana y su abuela estaban en los postres, y la primera decia á su criada:

—¡Qué hermosos melocotones! ¿Donde has encontrado Sofía estas frutas tan magníficas?

—Señorita, tal vez no podríais adivinarlo—contestó Sofía riéndose.—Las he cogido anoche en el jardin de la Camelia mientras que

se vestia para el baile la señorita Elena.

—¡Cómo! ¿te has atrevido?....

—Sí, señorita, me he atrevido à coger para vos los mejores melocotones del jardin. Me parece que no me reñireis por eso.

—No solamente no te reñiré, sino que quiero ser tu cómplice—replicó Mariana con su dulce voz. Pásame el canastillo, Sofía: pero ¿qué es esto? ¿De donde viene este hermoso canastillo de filigrana? No creo que sea nuestro.

—Sofía ¿lo has tomado tambien en la Camelia? preguntó la Sra. Eberard en tono de broma.

—Precisamente. Sra. respondió la muchacha. No sabia qué hacer con los melocotones, y este lindo canastillo me vino à las manos.

—Lo que es eso, hija mia, ha sido mal hecho.

—Y ¿por qué, Sra.? Era de noche y nadie me ha visto. Estaban todos ocupados con la señorita Elena, que daba bastante que hacer.

—Pero, ¿y si la Sra. Daurel fuese à acusar à sus criados de haber robado ese objeto?

—No lo temais, Sra: hay tantos muebles y tanta bajilla en la casa, que no echarán de menos este canastillo.

—Es un verdadero juguete, y me gusta tenerlo. Gracias, Sofía; si mi abuela te riñe, yo te absuelvo—dijo aturdidamente Mariana. Ah! abuelita—agregó—tambien vos comeis de fruto prohibido!

—Tiene muy buen gusto este fruto—respondió la abuela, tomando otro melocoton.

Elena y su criada no perdian una palabra de esta conversacion.

—Esto es horrible—murmuró la jóven— salgamos de aquí Julia, no puedo estar aquí un minuto más; y sentiria ver á Mariana, porque no quiero tener más relaciones con esta hipocritilla. Y la abuela? á quien suponen tan venerable, y á quien los pobres bendicen? ¡Qué maldad, qué perversidad! Pero ¿de dónde han venido estas desgraciadas mujeres?

—Son aventureras—replicó Julia y yo lo habia adivinado hace bastante tiempo. Facil es de ver, que ellas se ocultan. Y ahora ¿dudareis de que vuestro magnífico abanico ha sido robado?

—Ay! Julia ¿qué dices? Yo no me atrevo á creerlo.

—Pues es tan claro como la luz, señorita.

—No importa; cállate, y nada digas de lo que has oido. Yo se lo diré á mamá, y veremos lo que ella piensa de todo esto.

Cuando Elena volvió á la Camelia, su madre estaba algo peor que otros dias, y la hija lo olvidó todo para atender á cuidarla. Pasó la noche en la cabecera de su cama, y al otro dia, mientras ella se desconsolaba, rezaba y lloraba, se le anunció la visita de la señora Melton. Esta se detuvo muy poco, porque la enferma tenia necesidad de estar sola y de reposar. Elena acompañó á su amiga hasta el carruaje, y ámbas se sentaron un momento á la orilla del lago.

A fin de distraer á la pobre jóven le habló la Sra. Melton de cosas indiferentes, y por casualidad nombró á Mariana.

—La señorita Eberard!—interrumpió Ele-

na con desden. Ah! Sra., no me hableis de esta jóven. Si la conociéseis!...

—Pero es, que la conozco muy bien, querida mia, y ciertamente nada tendreis que censurar en ella.

—Dispensadme, Sra., tengo que echarle en cara cosas horribles—replicó Elena, y contó muy por menor todo lo que había oído el día anterior.

La Sra. Melton la oyó atentamente; y después le dijo:

—Querida niña ¿no teneis confianza en mí, Pues bien; creedme, cuando yo os aseguro que Mariana merece todo vuestro afecto y toda vuestra estimacion.

—¿Como Sra.? cuando yo lo he oído por mí misma?

—Lo habeis oído: pero no lo habeis comprendido. No se debe juzgar segun las apariencias, querida Elena. Olvidad todo eso, y no hableis de ello à nadie. Os lo pido con empeño, y me lo prometeis ¿no es asi? Recordad el consejo que os da el venerable autor de la Imitacion de Cristo: «Es prudente no creer todo lo que se oye: y lo es tambien no ir à decir à otros al instante lo que se ha podido oir y creer.»

—Es necesario que la Sra. Melton esté infatuada de esta muchacha, Eberard, para negarse á la evidencia—pensó Elena.

VI.

La Sra. Daurel estuvo muy grave durante quince dias. Su hija no se separaba de su

lado, y la Sra. Melton iba á verla con frecuencia. La pobre enferma le estaba muy agradecida, y el lazo de amistad, que unía á estas dos personas se estrechó mucho.

Así que la madre de Elena se restableció, quiso hacer una visita á esta amiga afectuosa, que la había acompañado en sus dias tristes, y le decía á su hija:

Le debemos mucho, y aunque esté yo todavía debil, quiero presentarme un momento en su reunion el Miércoles inmediato. Esta sorpresa le causará placer—Elena estaba muy conforme en ir á bailar á casa de la Sra. Melton, por que despues de tantas penas y angustias, le parecía muy bien encontrarse en medio de una reunion brillante.

Como la Sra. Daurel no debía presentarse en el salon de su amiga mas que por poco tiempo, llegó algo tarde. Se estaba ya bailando, y Mariana y Fernando formaban una de las parejas en la contradanza: la señora Eberard estaba sentada junto al alma de la casa. Elena vió todo esto de la primera ojeada y se llenó de indignacion.

¿Es posible, que la Sra. Melton reciba todavía á esta mnchacha?—le dijo á una jóven.

—Sin duda debe recibirla—respondió la jóven, asombrada de que se le hiciera una pregunta semejante.—Y hasta se dice que Mariana deberá casarse con Fernando. Esto nadie lo ignora mas que esta amable niña, por que no dejareis de pensar, Señorita, que una jóven tan tímida, tan sencilla y tan ingenua como Mariana no vendría á esta casa, si supiese, que corren esos rumores.

Elena perdió el color, y no pensó en moderar su cólera. Esta fué la gota de agua, que hizo rebosar el vaso. Evidiosa hasta el extremo y arrebatada de ira, quiso hacer pagar à Mariana lo que ella sufría, y contó à todas las jóvenes presentes la historia del abanico y del canastillo de filigrana. Exageradas en todo, como propio de su edad, aquellas Señoritas participaron de la indignacion de Elena, y su maledicencia dió la vuelta por la concurrencia, llegando à oídos de la Sra. Melton con una multitud de pormenores y comentarios agregados. La Señora Melton oyó con indignacion aquella historieta cruel, y corrió al lado de Mariana para consolarla y defenderla. La pobre niña estaba aislada en un rícon, triste y asombrada de lo que le sucedía.

—¿Qué teneis, mi querida Mariana,? Qué os ha sucedido?—le preguntó afectuosamente la Sra. Melton.

—No lo sé, Sra.—le contestó ella—Estas Señoritas buyen de mí, cuchichean mirándome, se alejan, cuando yo me acerco, y no me responden, cuando les hablo. Hace un momento, que eran tan afables y tan buenas conmigo!... y despues sin saber por qué... Pero ¿qué les he hecho yo?—esclamó Mariana deshaciéndose en llanto.—Parece que sueño, ó que una mala hechicera me ha tocado con su varita....

—Ah! exclamó la Sra. Melton, yo conozco à esa hechicera, que se llama la Envidia: pero estad segura, de que no os incomodará más: con una sola palabra voy á deshacer el hechizo.

Tomó la mano à Mariana y llevándola hacia la Sra. Daurel, le dijo á ésta.

—Querida amiga, me habeis causado una sorpresa tan agradable, que quiero pagaros con otra y causaros un gran placer: permitidme, que os presente á la hija del mejor amigo de vuestra familia la Señorita Ana Le-roux.

La Sra. Daurel se levantó sobrecogida y abrió los brazos à Mariana, mientras que Elena pálida, confusa y desconsolada, parecía, que quería ocultarse y decía torciéndose las manos.

—Ana Le-roux! ¡La hija de nuestro bienhechor! Ana, á quien amó tanto sin haberla visto nunca.

—Y lo habeis justificado, Señorita,—le dijo irónicamente Fernando Melton.—El adagio lo dice—Quien bien te quiere te hará llorar.

Aquí termina la historia. Era efectivamente Ana la que habitaba la casita rústica con su abuela la Sra. Eberard, y su doncella la antigua guardiana de gansos. El Sr. Le-roux no habia tenido valor, para afligir à su hija, obligándola à dejar precipitadamente el pais, que tanto le habia gustado desde el dia de su llegada. Así es que le había permitido instalarse en aquel pabellon, que era parte de la posesion de la Camelia, cuyo palacio amueblado se había abandonado à la mujer del banquero. El Sr. Le-roux habia vuelto à París para acompañar à su afligido amigo: pero había prometido volver pronto para presentar à su querida Ana à la Sra. y la

Señorita Daurel. Mientras tanto había suplicado á la Sra. Melton, á quien conocía mucho que tuviera la bondad de velar sobre la amable jóven y su buena abuela.

Se asegura, que Fernando Melton debe casarse dentro de poco tiempo con la linda Ana, y se cree, que esta escogerá á Elena Daurel para que desempeñe el cargo de señorita de honor de la novia. Pero la bella orgullosa, habituada á hacer siempre los primeros papeles ¿estará conforme con este arreglo? Por lo menos es dudoso.

FIN.